

## REFLEXIONES SOBRE EL SIGNIFICADO SOCIAL DE LA HUMILLACIÓN

**Saulo Fernández Arregui**

Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid

---

### RESUMEN

La palabra humillación se refiere a un acto y una emoción: es el acto de devaluar injustamente a un individuo o a un grupo por parte de otros que tienen el poder de conseguirlo. La humillación es también la emoción que surge cuando la víctima toma conciencia de que dicha devaluación ha tenido lugar. La emoción de la humillación es profundamente dañina para las víctimas, con consecuencias poderosas que aún están por determinar completamente. Evelin Lindner, una de las científicas sociales que con más profundidad ha estudiado el fenómeno de la humillación, ha publicado recientemente el libro titulado *Making Enemies: Humiliation and International Conflict* (2006). En él se advierte del papel que la humillación está jugando actualmente en el desarrollo de algunos de los conflictos más cruentos entre grupos sociales. El presente artículo resume las principales aportaciones de esta obra, completándolas con otras ideas complementarias de otros autores.

### ABSTRACT

Humiliation refers to both an action and an emotion: it is the action of unjustly devaluating a person or a group by others who have the power to do it. Humiliation is also the emotion that is aroused when the victims are conscious that such devaluation has occurred to them. The emotion of humiliation is deeply damaging for its victims, with powerful consequences that are still to be completely determined. Evelin Lindner, one of the scholars that has studied more deeply the phenomenon of humiliation, has recently published the book *Making Enemies: Humiliation and International Conflict* (2006). In her book, the author warns about the crucial role that humiliation is currently playing in some of the cruelest social conflicts among groups. The present article summarizes the main ideas of the book, completing them with some other contributions to the subject contained in the works of other authors.

---

**Key words:** humiliation, human dignity, international conflict, igualization, Evelin Lindner

Recientemente Eveline Lindner ha publicado el libro *Making Enemies: Humiliation and International Conflict* (2006), un documentado ensayo sobre la naturaleza del fenómeno de la humillación y sobre el papel central que esta emoción está jugando actualmente en la génesis de los conflictos entre estados u otros grupos sociales que derivan en la violencia extrema.

Su autora, fundadora y directora de *Human Dignity and Humiliation Studies* de la *Columbia University Conflict Resolution Network*, ha profundizado en el estudio psicológico de la humillación y en el papel que ésta juega en el desarrollo de los conflictos entre grupos. El genocidio de Ruanda, las matanzas de Somalia, la guerra palestino-israelí o las guerras yugoslavas han sido, entre otros, los escenarios sobre los que esta Profesora del Departamento de Psicología de la Universidad de Oslo, médico psiquiatra de formación y psicoterapeuta profesional, ha llevado a cabo su trabajo como investigadora psicosocial. Su investigación de conflictos violentos entre grupos en contextos políticos y culturales muy diferentes le ha conducido con el tiempo a centrar su trabajo en la humillación, un fenómeno de naturaleza emocional, complejo y extremadamente potente, al cual denomina “la bomba nuclear de las emociones”.

El presente trabajo es una reflexión sobre la humillación centrado en las ideas desarrolladas por Lindner al hilo de la cual se han añadido algunas reflexiones complementarias de otros autores que han escrito sobre la humillación o temas relacionados.

### **La humillación: un fenómeno relativamente joven**

La humillación, tal como entendemos hoy el término, es un fenómeno relativamente nuevo que surge como consecuencia emocional de la que probablemente sea la novedad moral más importante de los tiempos modernos: la idea de que todos los seres humanos, independientemente de las diferencias que existan entre nosotros, nacemos con los mismos derechos y con igual dignidad. Durante siglos las sociedades occidentales -y la mayoría de las sociedades del planeta- han convivido con naturalidad con una *escala vertical del valor humano*, según la cual el hecho de que unos seres humanos tuvieran mayor valor moral -mayor dignidad- que otros no se ponía en cuestión. Durante milenios los hombres han asumido que inclinarse humildemente, humillarse, ante el amo o señor era una respuesta lógica al orden natural de las cosas, que implicaba, entre otras cuestiones, la existencia de personas de mayor valía que otras. Y si uno no se humillaba voluntariamente ante quien estaba por encima en la jerarquía del valor moral, era lógico y normal que fuera el señor por la fuerza quien pusiera a cada cual en el sitio que supuestamente le correspondía. Nada había de humillante, tal como entendemos actualmente el término, en el hecho de ser dominado, subyugado o degradado por la fuerza en un mundo en el que se asumía con naturalidad que los seres humanos no éramos iguales en dignidad y derechos. Durante milenios humillar era una obligación de los señores y humillarse ante ellos una consecuencia natural del orden divino, además de

una virtud moral básica para la estabilidad y la prosperidad de las sociedades civilizadas.

### **Humillación y derechos humanos**

Humillación viene de la palabra latina *humus* (tierra). Durante el tiempo dominado por la ética vertical del valor humano, el significado del verbo *humillar* aplicado a los hombres *-bajar, poner en el suelo-* ha carecido de las connotaciones negativas que tiene actualmente. Pero la ética cambió o, mejor dicho, está cambiando. Ese cambio ha traído consigo un nuevo principio moral fundamental: la igualdad en dignidad y derechos de todos los seres humanos, independientemente de las diferencias que existan entre nosotros. De la mano de la interiorización de este nuevo principio por parte de los ciudadanos ha nacido un sentimiento que ha modificado el significado de *humillar* y tiene enormes consecuencias en las relaciones interpersonales e intergrupales actuales.

Miller (1993) ha estudiado la evolución del significado de humillar en la literatura a lo largo de los siglos y ha encontrado que la primera referencia escrita en lengua inglesa a un significado penoso o denigrante del verbo humillar data de 1757. Por vez primera, hace apenas 250 años, poner debajo o degradar a otro ser humano aparece con una connotación peyorativa e injusta que viola un derecho fundamental. No es casualidad que en la misma época tuvieran lugar algunos de los hechos históricos que marcan el principio del fin de la época milenaria dominada por la escala vertical del valor humano, como, por ejemplo, la Revolución Francesa de 1789 o la Declaración Americana de Independencia de 1776. Comienza entonces un cambio sustancial en la moral y la política occidentales que culmina, al menos en lo teórico, con la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, cuyo famoso artículo primero declara oficialmente caduca la escala vertical del valor humano: “*Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos...*”. En ese momento se ponen también oficialmente las bases del sentimiento de humillación.

En el nuevo contexto político y moral de la Declaración Universal, *humillación* se define como la denigración forzada de una persona o grupo mediante un proceso de subyugación que daña su dignidad; *ser humillado* significa ser puesto en una situación devaluada en contra del interés propio; y *humillar* es violar la expectativa que toda persona debería tener de que los derechos humanos básicos sean respetados.

Con el tiempo los derechos humanos han dejado de ser una mera entelequia intelectual. Su principio ha calado o, mejor dicho, está en proceso de ir calando en toda la población occidental y, de la mano de la globalización,

en toda la población del planeta. Los seres humanos estamos asumiendo poco a poco un nuevo orden natural de las cosas que sustituye a la antigua escala vertical del valor humano. Este nuevo orden determina que todas las personas, por el mero hecho de serlo, tenemos la misma dignidad y los mismos derechos; es decir, que no hay nadie que merezca más respeto que otro y, por tanto, no hay nadie que pueda ser denigrado, subyugado o dominado por la fuerza por otro ser humano.

La igualdad de dignidad no implica la igualdad en todas las facetas humanas. Los seres humanos somos diferentes; nos diferencian nuestras culturas, capacidades, costumbres, creencias, condiciones físicas, intereses, etc. Pero de acuerdo con la nueva ética que recoge la Declaración de los Derechos Humanos esas diferencias no deben implicar diferencias en dignidad. La idea de que ningún ser humano vale más que otro no es nueva: ha sido una idea central en el Cristianismo, en el Islam y en otras muchas creencias ancestrales. Lo verdaderamente novedoso es el lugar predominante y central que las culturas democráticas hemos dado a unos ideales que durante milenios han estado marginados. La nueva dimensión que la idea de la igualdad de dignidad ha ganado en el mundo moderno, ha penetrado en la conciencia de muchas personas en todo el globo creando un nuevo contexto.

### **Humillación y autorrespeto**

La distinción entre la dignidad, por un lado, que ha de ser igual para todo ser humano, y las diferencias existente entre las personas, es una idea central en la definición que el filósofo moral Avishai Margalit hace de la humillación. En su libro *La Sociedad Decente* (1997), Margalit define el sentimiento de humillación como la sensación que invade a la persona cuando ésta pierde su *autorrespeto*. El autorrespeto es, según este autor, un sentimiento íntimo y básico que surge de uno mismo hacia sí mismo y que, en condiciones normales, todas las personas tenemos por el mero hecho de sabernos humanos. El autorrespeto es, por lo tanto, un sentimiento de valor esencial que nos viene dado por nuestra conciencia de pertenencia al grupo humano. Dicha pertenencia no es graduable: todos pertenecemos al grupo humano de forma igualitaria, sin importar nuestras diferencias en habilidades, méritos, capacidades o logros sociales. El autorrespeto no debe confundirse con el *honor social*, al que Margalit define como el sentimiento que aparece cuando nos hacemos conscientes de que los otros valoran nuestros actos, méritos, capacidades o logros. El honor social, a diferencia del autorrespeto, sí es graduable y no se da de forma igualitaria entre todas las personas, ya que no todos destacamos igualmente en el contexto de nuestra

comunidad en habilidades o méritos sociales. La pérdida de honor social conduciría a la pérdida de autoestima, pero no a la humillación. La humillación es un sentimiento de valor mucho más profundo, ligado a la esencia de lo que uno es. A pesar de ser un sentimiento profundamente íntimo y esencial que aparece por el simple hecho de sabernos humanos, el autorrespeto depende paradójicamente del trato y la consideración que los otros nos dispensan: si los otros -o las instituciones que conforman- nos tratan ignorando nuestra pertenencia igualitaria al grupo humano, nuestro autorrespeto puede llegar a verse amenazado. Cuando esto ocurre aparece la humillación.

### **El conflicto entre las viejas prácticas y los nuevos principios morales**

Para Lindner la humillación es el sentimiento que invade a una persona o a un grupo cuando se perciben despreciados, denigrados o subyugados por otra persona o por otro grupo, es decir, cuando perciben que otros pisotean -o ignoran- su dignidad, la cual se tiene -o se debe tener- de forma igualitaria por el hecho de ser humano. Por eso, hoy en día, ser subyugado, avasallado, ignorado, excluido o explotado por otros es experimentado por mucha gente como un atentado contra su humanidad. En una cultura dominada por la ética vertical del valor humano, los sentimientos predominantes son el miedo y el que surge cuando el valor moral máximo, el honor, es doblegado: la deshonra. Cuando un grupo o una persona poderosa ejerce el poder sobre el oprimido, surgirán el miedo y la sumisión -y no la humillación- siempre y cuando exista la creencia de que la persona que domina lo hace de acuerdo al orden natural de las cosas. Cuando en una sociedad dominada por la ética vertical del valor humano alguien no respeta el lugar privilegiado que otro ocupa en dicha escala, el agredido verá amenazado su *honor*. Si éste no consigue enmendar la ofensa, la emoción que invade a la *víctima* será la *deshonra*, pero no la humillación. La humillación sólo surge en un contexto en el que el mensaje de los derechos humanos ha sido interiorizado. Dicho mensaje dice que la esencia de toda persona es precisamente lo que hace que todos los demás debamos tratarle con igual dignidad. Cuando el trato recibido de los otros no se adecua a la idea de la igualdad de dignidad y no hay racionalización posible que justifique la supremacía moral de unas personas sobre otras, el subyugado verá herida su dignidad, sintiendo entonces una emoción diferente a la deshonra y al miedo que atenta contra la esencia misma de lo que una persona es o debería ser: la humillación.

El tiempo presente es especialmente convulso con respecto a la humillación ya que nos encontramos inmersos en plena etapa de transición entre

la época dominada por la escala vertical del valor humano y la época de la *igualación* (egalization), término que acuña Lindner para referir el principio de la igualdad de dignidad. Es precisamente esta época de transición la más turbulenta en lo que a la humillación se refiere: por un lado, los seres humanos de todo el globo vamos poco a poco interiorizando el mensaje de la Declaración Universal de los Derechos Humanos; por otro lado, aún convivimos con viejas prácticas que lo contradicen. De esta combinación es de la que nace con fuerza el sentimiento de humillación.

Muchos son los ejemplos actuales que ilustran esta idea, pero podemos tomar uno del campo de las relaciones de género: hace no muchos años las mujeres en Europa no tenían derecho a voto. A lo largo del siglo XX se fue desmantelando oficialmente en occidente la escala vertical del valor humano aplicada a las relaciones de género a medida que la ola de la *igualación* avanzaba en las sociedades europeas. Hoy en día el mensaje de la igualdad de dignidad está ampliamente interiorizado por muchas mujeres, pero, sin embargo, aún perduran abundantes costumbres y actitudes machistas reminiscencia del pasado. Es en este momento de cambio en el que es más fácil que afloren los sentimientos de humillación entre las mujeres: muchas de ellas se saben moralmente iguales que los hombres y, por lo tanto, son conscientes de que se les debe tratar con igual dignidad; pero a la vez muchas mujeres se ven obligadas a asumir roles desiguales o a sufrir los comentarios denigrantes que atentan contra su dignidad, por ejemplo, al ocupar cargos de responsabilidad tradicionalmente reservados a los hombres. Si habiendo interiorizado el mensaje de la *igualación*, las mujeres sienten que reciben un trato por parte de los hombres que refleja una menor valía moral, éstas verán herida su dignidad, se sentirán tratadas como menos personas y, en consecuencia, se sentirán humilladas. El acto de humillar, entendido como el mal o el daño causado, lo hará cualquiera que, en una sociedad en la que se ha asumido colectivamente el fin de la ética vertical del valor humano, trate a una mujer de acuerdo a las prácticas propias de una sociedad dominada por la escala vertical. Pero para sentir la humillación en las propias carnes, primero es necesario que la víctima haya interiorizado el mensaje igualitario: del mismo modo que las mujeres del siglo XV difícilmente se podían sentir humilladas por las prácticas machistas dominantes, es difícil que se sientan humilladas las mujeres del siglo XXI que aún asumen un lugar subyugado al hombre como algo perteneciente al orden natural de las cosas. Según se recoge en el *State of World Population 2005* de la UNFPA, el 94% de las mujeres de Egipto indican que les parece aceptable que su marido les golpee. Estas mujeres seguramente no se sienten humilladas cuando el hombre les castiga por no haber cumplido la regla

establecida. Sentirán miedo, terror, dolor y sufrirán las consecuencias negativas de esos castigos, pero no se sentirán humilladas. Sin embargo, desde una ética moderna podemos afirmar con rotundidad que lo están siendo, igual que, por ejemplo, son víctimas de humillación todas las mujeres que sufren la violencia de género en España o todas aquellas que son tratadas como si ocupasen un lugar subyugado en la jerarquía del valor humano. Ejemplos similares al de las mujeres los podemos encontrar en el contexto de las relaciones de las personas pertenecientes a minorías étnicas, culturales, religiosas, físicas o psíquicas con la población general, dominante o mayoritaria.

### **Humillación y relaciones internacionales**

En el plano de las relaciones internacionales se da el mismo fenómeno aplicable a las relaciones de género o a las de las minorías con los grupos dominantes: cuando la revolución de la *egalization* aún no había comenzado a inundar el planeta de la mano de la globalización, una nación o un grupo social determinado se podía sentir amenazado por otro, que le dominaba limitando sus posibilidades de desarrollo, pero difícilmente se podía sentir humillado. Hoy en día, en cambio, el mensaje igualitario que occidente proclama con eficacia por todo el globo está siendo interiorizado por ciudadanos de todo el mundo gracias a Internet, la televisión, el cine y el avance tecnológico en general. Gracias a la globalización, los mismos ciudadanos que se dejan encandilar por el mensaje de la igualdad de dignidad y derechos de todos los seres humanos que emana de occidente, son aquellos que sufren las prácticas de los gobiernos de los países occidentales, de sus ciudadanos, de sus empresas, de sus ejércitos, fuerzas de seguridad y otras instituciones y que contradicen brutalmente el mensaje de los derechos humanos: prácticas que, por ejemplo, ignoran el drama de su escasez imponiendo reglas comerciales que agrandan las barreras que dificultan su crecimiento económico, a la vez que facilitan el progreso de las sociedades occidentales dominantes en tecnología y desarrollo. O políticas y actitudes que tratan a las personas que emigran desde países económicamente menos desarrollados oportunamente como mano de obra barata antes que como ciudadanos de pleno derecho. Como consecuencia de ello y ante una crisis económica, se debate la posibilidad de facilitar el retorno de los inmigrantes desempleados a sus países de origen, ya que en el país de acogida no hacen ya falta y se agudiza entonces la percepción de que los inmigrantes son un problema y una amenaza para la sociedad de acogida.

Es también una consecuencia de la globalización el que los que menos tienen perciban la escasez relativa. Hace años, cuando la revolución tecno-

lógica y de las comunicaciones no se había desarrollado como actualmente, una persona en un punto determinado del planeta podía sentir la escasez en términos absolutos, pero no relativos. Hoy en día, en cambio, una persona que se encuentra en un remoto valle de Pakistán y sufre el aumento de los precios de los cereales que necesita para alimentar a su familia, puede leer en Internet o ver por la televisión satélite la abundancia de recursos de occidente. Quizá pueda escuchar también que el aumento en el precio de los alimentos se debe, en parte, a que occidente necesita carburante más barato y supuestamente ecológico para sostener su cómodo nivel de vida o al aumento de la demanda para la alimentación en países económicamente más potentes. Esa posibilidad, que hace al mundo más pequeño y lo convierte en la llamada *aldea global*, facilita la aparición de la percepción de la escasez relativa y pone de relieve desigualdades y prácticas institucionales que son difícilmente compatibles con la idea de que todos tenemos la misma dignidad. La comparación entre la escasez de unos y el deslumbrante desarrollo económico y tecnológico de otros puede resultar denigrante, sobre todo si no hay una justificación que apele al orden natural de las cosas y si la escasez se interpreta como una consecuencia del dominio injustificado de unos sobre otros.

El mensaje que occidente está irradiando a los cuatro vientos lo dice con claridad: da igual las diferencias que haya entre nosotros de piel, de religión, de conocimiento, de riqueza, de recursos, de conocimiento, de origen étnico, de condiciones físicas: todos tenemos la misma dignidad y ningún ser humano es moralmente más ni menos que otro. En este contexto, sentirse devaluado, ser puesto por debajo en valor moral por la fuerza opresora de otro humano o de otro grupo humano, es un atentado a la dignidad, a la esencia misma del ser, que, antes que evocar miedo o sumisión, provoca la humillación.

La exclusión, el ignorar el sufrimiento y las miserias de los otros, la explotación, el dominio –por acción o por omisión–, la manipulación, la subyugación de la voluntad, son hoy en día actos que han dejado de pertenecer para muchas personas al orden natural de las cosas y que atentan contra el principio básico de humanidad. Las diferencias en recursos y desarrollo tecnológico y económico que antes de la globalización no eran tan visibles para los que tenían poco, empiezan hoy en día a ser perfectamente visibles para todos los habitantes del globo; las desigualdades que antes se asumían como producto de un orden divino o natural, empiezan a ser percibidas como diferencias injustas que atentan contra la dignidad de las personas que tienen menos; las políticas dominantes de unos sobre otros, que antes se asumían como fruto del orden natural de las cosas, son percibidas hoy



como un atentado a la dignidad de los subyugados; las racionalizaciones que antes apelaban a dicho orden establecido, están siendo derribadas por el mensaje de los derechos humanos, que empujamos con fuerza los mismos que no sabemos cómo hacer frente a la pobreza ni somos capaces de actuar, asumiendo el desamparo y las barreras al desarrollo que tienen muchos grupos humanos en nuestro mundo: desde los discapacitados hasta los habitantes de regiones empobrecidas. En estos momentos en que conviven con todo el rigor de la comparación las viejas prácticas del orden vertical del valor humano con los nuevos principios de la igualdad de dignidad, explotan con facilidad los sentimientos de rabia y hostilidad y es muy fácil buscar y encontrar enemigos que oprimen a los más desfavorecidos.

### **El dominio de la cultura occidental y la humillación**

En una argumentación complementaria a la que hace Lindner, Zonis (1984) llama la atención sobre el hecho de que, especialmente a partir de la globalización, los países y culturas que lideran el desarrollo tecnológico y económico son también los que dominan la información y la educación. Las más importantes universidades y centros de generación de conocimiento son instituciones occidentales. Los estudios de cine más exitosos y las televisiones y los medios de comunicación más poderosos y globalizados, son también occidentales. Estos centros de referencia marcan en gran medida la pauta de la educación y la información mundial. Muchos jóvenes de culturas no occidentales están hoy en día recibiendo información y educación basada en valores occidentales, lo cual supone un importante cambio con respecto a las formas de vida no occidentales. Verse expuesto a un cambio de esta naturaleza puede facilitar lo que Zonis denomina una *pérdida de sentido* (sense-making crisis). Todas las personas necesitamos para nuestro día a día cotidiano construirnos un conjunto coherente de explicaciones sobre nosotros mismos y sobre nuestro entorno social que tenga sentido para uno mismo. Una *pérdida de sentido* se produce cuando el individuo –o el grupo, en el caso de crisis colectivas- pierde la capacidad para dar significado a las experiencias cotidianas. Adoptando un punto de vista psicoanalítico, Zonis argumenta que la sensación subjetiva de desorden y la inestabilidad personal producida por una crisis de este tipo tiene dos componentes fundamentales: en primer lugar los objetos que constituyen el contenido de nuestra representación del yo se vuelven cada vez más incoherentes en relación a nuestras experiencias del día a día. En casos extremos, una persona que no encuentra un sentido al mundo, no encuentra tampoco un sentido a sí mismo. En una segunda fase, la incoherencia social y personal experimentada conducirá a un estado de elevada vulnerabilidad narcí-

sista. “*El individuo que es incapaz de ordenar el mundo de forma satisfactoria y coherente experimentará una devaluación y degradación de los componentes de la representación de su yo. (Zonis, 1984, pp. 276. Traducción propia.)*” Es precisamente la sensación de experimentar una devaluación del yo lo que provoca el sentimiento de humillación. En este punto es fácil canalizar la rabia y el desasosiego que invade a las personas hacia una revolución violenta, especialmente si un líder promete la restauración de un orden social que devuelva la coherencia y la recuperación de la sensación de valor existencial a través de dicha revolución. Para Zonis (2007), el terrorismo, antes que ser una consecuencia de la falta de democracia, como a menudo se ha intentado presentar desde el gobierno de George W. Bush, es una respuesta al sentimiento de humillación individual o colectiva. Muchos son los factores que pueden desencadenar la sensación de humillación: cualquier desequilibrio entre las expectativas individuales y la percepción de la realidad puede resultar humillante. Unas expectativas individuales exageradamente elevadas en relación a la realidad de la sociedad en la que uno vive también pueden resultar humillantes. Pero la humillación puede ser resultado igualmente de la represión, la pobreza, el fracaso social, el retraso cultural e intelectual, entre otros muchos factores (Zonis, 2007).

### **Globalización y humillación**

Así, el surgimiento de un mundo interconectado, globalizado y los cambios sociales que se propagan a través de él de forma rapidísima puede llevar, más que unir a la humanidad, al surgimiento de sentimientos de humillación si no nos esforzamos con empeño y creatividad en la tarea de evitarlo. En contra de lo que intuitivamente podríamos pensar, algunos de los conflictos más cruentos de la Historia reciente, como el de Ruanda, por ejemplo, no se han dado entre grupos con culturas diferentes, que pudieran interpretarse como un choque inevitable de *civilizaciones*. Al contrario, en un pasado no lejano los grupos en conflicto en Ruanda compartían el espacio, los recursos, las costumbres, las creencias religiosas e incluso la identidad. En la base del genocidio ruandés está el sentimiento de humillación, provocado por el dominio déspota de unos sobre otros en un estrecho espacio, que hacía de las desigualdades una injusticia muy evidente sin que existiese ninguna apelación posible a un orden natural, que justificase la supremacía de los dominadores sobre los dominados. De hecho, la división entre los Hutus y los Tutsis fue fruto de un artificio creado durante la época colonial por las potencias europeas, lo cual explica en parte la ausencia de posibles justificaciones que apelaran a un orden establecido. La falta de un orden superior y natural que justificara el dominio de unos y la subyuga-

ción de otros hace muy fácil la explosión de los sentimientos de humillación por parte de los subyugados y, de la mano de ésta, no es difícil que afloren la rabia y el odio. Cuando se dan este tipo de situaciones, es sencillo liderar un grupo a la violencia extrema, entrando con facilidad en una dinámica de la humillación, como ocurrió en Ruanda, o como hizo Hitler tras la humillación sufrida por Alemania en el Tratado de Versalles.

Sin embargo, la humillación del humillador no es por suerte la única alternativa tras un conflicto en el que se ha herido gravemente la dignidad de un grupo. La gestión del conflicto que desarrolló Nelson Mandela tras el derrocamiento del régimen del *apartheid* en Sudáfrica es un ejemplo de que, si se consigue tratar a los perpetradores con la dignidad que éstos negaron a las víctimas, se puede salir de un conflicto muy intrincado sin pasar necesariamente por un genocidio o una masacre, que lo único que hará será ahondar la dinámica de la humillación.

Para el optimismo contamos con que la globalización se está dando en un mundo en el que la fuente principal de riqueza es el conocimiento y el desarrollo tecnológico. Esta fuente de prosperidad y progreso es, en principio, infinita: no hay límites a la creación y al desarrollo tecnológico, lo cual facilita que la humanidad globalizada tienda a un esquema *win-win* en el que podemos ganar todos, contrario al escenario de *suma-cero* que ha prevalecido durante milenios en la conciencia de las personas. Este nuevo escenario invita a la negociación y a la cooperación, más que a la conquista y al sometiendo de los otros. La cooperación y la negociación implican la aceptación del otro como un igual, lo cual evita el afloramiento de los sentimientos de humillación. Otro elemento para el optimismo es que la globalización y el desarrollo tecnológico están haciendo al ser humano más consciente de su vulnerabilidad como habitantes de un planeta finito e ínfimo en la inmensidad de un universo. La conciencia, cada vez más extendida, de que dependemos del equilibrio natural de un planeta que compartimos todos por igual nos hace humildes como seres y nos une en un objetivo común: la preservación del medio ambiente. Pero ninguna de estas tendencias que nos brinda el futuro servirá para mucho si no conseguimos que nuestras actitudes reflejen la humildad de sabernos todos iguales en esencia, dignidad y derechos fundamentales, independientemente de nuestras diferencias en todo lo demás. Si los que tenemos más –más recursos, más conocimiento, más tecnología, más fuerza, más democracia– no interiorizamos con humildad el mensaje de los derechos humanos y lo hacemos visible en nuestra conducta hacia los que tienen menos, difícilmente el mundo evolucionará hacia una sociedad de progreso basada en el entendimiento y la cooperación.

### **¿Humilla occidente?**

Estados Unidos es la primera potencia mundial en generación de conocimiento científico y en desarrollo económico. Es un país con un sistema político de libertades ciudadanas ampliamente desarrollado, con una sociedad civil muy poderosa, un sistema judicial independiente y una democracia parlamentaria de las más transparentes y antiguas del mundo. Bien es cierto que es una sociedad con importantes problemas internos, entre los que destacan la exclusión social y las desigualdades: su sistema judicial, por ejemplo, ofrece muchas más garantías si se cuenta con los recursos económicos necesarios para pagar una buena defensa que si no. Lo mismo ocurre con el sistema sanitario. Algo parecido sucede también en otras sociedades occidentales, pero quizá en los EEUU las desigualdades sean más acusadas. Con todo, Estados Unidos es una sociedad que valora y cuida la libertad individual, la democracia y los derechos ciudadanos, al menos para todos aquellos que son considerados parte integrante del sistema. Pocos estadounidenses hay que no se muestren muy orgullosos del sistema de libertades, derechos civiles y democracia que han desarrollado.

Y, a pesar de todo lo anterior, el gobierno de Estados Unidos mantiene en la fecha en que se escriben estas líneas desde hace más de seis años, frente a la oposición de gran parte de su propia población y del mundo, a cerca de 300 sospechosos de colaborar con el terrorismo encarcelados en condiciones infrahumanas en el campo de reclutamiento de la Bahía de Guantánamo. En el 2004 se difundieron unas fotografías que mostraban a unos soldados del ejército de los Estados Unidos humillando a los presos iraquíes de la cárcel de Abu Ghraib, a quienes se suponía que debían custodiar. Se trataba de gravísimas humillaciones a los presos. La cúpula militar y política de Estados Unidos inmediatamente abordó el asunto culpabilizando individualmente a los soldados que protagonizaron tan lamentables actos y, a la vez, exculpando a la organización militar en su conjunto y a los responsables máximos del sistema.

Sin embargo los psicólogos que se han especializado en el estudio de este tipo de conductas cuestionan dicho planteamiento. Uno de estos expertos, Philip Zimbardo, acaba de publicar un libro titulado “El efecto Lucifer: el porqué de la maldad” (2008) en el que analiza los sucesos de Abu Ghraib. Zimbardo fue de los que no se sorprendió cuando saltaron a la luz las humillaciones de Abu Ghraib. Y es que este psicólogo social, en el célebre experimento de la *Prisión de Stanford* que él mismo diseñó y dirigió en 1971, había podido comprobar hasta qué punto es fácil crear una situación en la que unas personas normales actúen cruelmente humillando y maltratando arbitrariamente a otras personas.

La principal conclusión que extraen Zimbardo y colaboradores de su experimento es que las condiciones situacionales (el comportamiento grupal, la deshumanización y desindividuación, junto con las dinámicas de poder, conformidad y obediencia) facilitan enormemente que los carceleros llevaran a cabo un trato vejatorio, denigrante y humillante hacia los presidiarios. Dicho de otra forma: si quieres que un grupo de personas humille y maltrate a otro, no has de buscar a personas especialmente sádicas y crueles por naturaleza, sino que basta con que selecciones a personas corrientes y las introduzcas en una situación creada para fomentar la desindividuación, la conducta grupal, la deshumanización del otro, el poder de unos sobre otros y las dinámicas de obediencia y sometimiento. Exactamente una situación así es la que se había creado en la cárcel de Abu Grhaib.

Por eso Zimbardo no puede estar de acuerdo con la cúpula militar y política estadounidense en que la culpa de los actos de Abu Grhaib sea exclusivamente de los carceleros. En su libro el autor no se cansa de repetir una idea: el hecho de que intentemos estudiar y comprender la conducta del mal no implica que liberemos de culpa individual a quien la comete, incluso si las conclusiones de los estudios indican que la situación influye notablemente en dicha conducta. Pero el razonamiento contrario, excluyendo de toda culpa a la situación y a los responsables de ella, es igualmente injusto y falso. La principal conclusión de Zimbardo es que la situación en la que ejercían su trabajo los soldados que llevaron a cabo las humillaciones de Abu Grhaib y el sistema dirigido por los máximos responsables del ejército del cual formaban parte son, junto con los propios soldados, los culpables de las humillaciones a los presos iraquíes. A pesar de que un informe realizado por un panel independiente dirigido por el ex secretario de Defensa James Schlesinger concluye que la cúpula del Departamento de Defensa, tanto militar como civil, contribuyó implícitamente a fomentar los abusos de Abu Grhaib, lo cierto es que dicho informe no ha tenido repercusiones legales y sólo se ha juzgado a los soldados que participaron directamente en las acciones. En los juicios militares celebrados contra dichos soldados no tuvo en cuenta ningún atenuante basado en las disposiciones situacionales.

Pero no es sólo Estados Unidos quien humilla. El parlamento de la Unión Europea, sin ir más lejos, ha aprobado en junio de 2008 una norma que da luz verde a los estados miembros para retener hasta durante 18 meses a personas sin ser juzgadas. Para ello han de ser *immigrantes* sin residencia legalizada en la Unión Europea. Esta medida es un claro ejemplo de exclusión moral, un proceso por el cual somos capaces de no aplicar a los miembros del exogrupo los mismos estándares morales que aplicamos al endogrupo (Opatow, 1990). Sin la posibilidad de la exclusión moral, sería

muy difícil justificar moralmente una directiva como la que se acaba de aprobar y que devalúa la condición de los inmigrantes sin residencia legal en Europa.

Las propias políticas de inmigración de los países desarrollados, que restringen el acceso de personas de zonas menos desarrolladas económicamente, o las negociaciones comerciales que fijan aranceles que dificultan el desarrollo económico de los países más empobrecidos, son también actuaciones que fácilmente pueden provocar la humillación de quienes sufren sus consecuencias.

Hartling y Luchetta (1999), en un trabajo realizado para desarrollar una medida de la humillación, afirman que un antecedente necesario en las relaciones de humillación es el poder: es necesario tener poder sobre el otro para poder degradarle hasta el punto de humillarle. Está claro que en el mundo actual el poder de algunas potencias occidentales no tiene parangón, exceptuando los casos de China y de algunos países que controlan recursos energéticos estratégicos. Otras regiones y grupos del planeta han conseguido de forma siniestra poder suficiente para poder humillar a occidente. Al Qaeda y el terrorismo islamista es un triste ejemplo de una terrible y perversa forma de poder: el poder de la inmolación. Parece que Irán lo está intentando mediante su programa nuclear.

Sin negar la eficacia de otras medidas de defensa y persuasión, desde el punto de vista psicosocial una medida de defensa inteligente contra estas amenazas sería la de intentar evitar que la población del mundo, económica y tecnológicamente menos desarrollado, se sintiera humillada por algunas prácticas y políticas de occidente.

### **Lecciones de la psicología del mal: vulnerabilidad del individuo a la crueldad**

La capacidad del ser humano para cometer atrocidades contra otros seres humanos debería estar fuera de toda duda para cualquier observador de la conducta humana. La facilidad con la que personas completamente normales se ven imbuidas por una situación que desemboca en matanzas, violaciones o torturas organizadas ha quedado patente en muchos sucesos históricos muy bien documentados: el holocausto nazi o el genocidio ruandés son sólo dos de los muchos ejemplos que existen en la Historia reciente de la humanidad. Evidentemente, en situaciones normales dichas conductas no afloran con facilidad; es necesario que se den una serie de circunstancias que faciliten la aparición de la *crueldad creativa*, tal como denomina Zimbardo al hecho de poner nuestra inteligencia al servicio de una estrategia que produzca el daño intencionado a otras personas. El propio Zimbardo en

su experimento de la prisión demostró que conseguir crear esas circunstancias no es tan complicado.

Bandura (1999) resume algunos de los procesos psicológicos a través de los cuales el ser humano es capaz de llevar a cabo atrocidades contra otros seres humanos. Bandura argumenta que en condiciones normales la mayoría de nosotros no somos capaces de hacer el mal, ya que existen una serie de mecanismos complejos de auto-regulación de nuestra conducta que motivan el comportamiento moral. Sin embargo esos mecanismos de auto-regulación pueden ser desactivados. Cuando esto ocurre, se produce la desvinculación o un estado de ausencia de compromiso moral con los otros (Morales, 2003). La desvinculación se puede conseguir de varias formas: una es a través de la reestructuración cognitiva de la conducta inhumana, de tal forma que ésta sea vista como una conducta benigna, necesaria o valiosa; otra forma es a través de la ejecución misma de la conducta, consiguiendo que se minimice el rol de cada ejecutor en ella (por ejemplo a través de la división de tareas y la difusión de responsabilidad); una tercera forma es reestructurando cognitivamente la percepción de las consecuencias de la conducta cruel; la cuarta forma de conseguir la desvinculación es modificando la manera en que las víctimas son percibidas, por ejemplo, a través de la deshumanización de éstas.

Bandura identifica varios procesos y mecanismos psicológicos concretos con los cuales se consigue lo anterior. Los detallamos brevemente:

La justificación moral de los actos crueles: a través de la justificación moral las personas podemos llegar a convencernos de que los actos que hacen daño a los otros están justificados, son necesarios, irremediables o incluso beneficiosos para el conjunto de la humanidad.

El uso del lenguaje eufemístico: llamar a las víctimas inocentes de una invasión militar *víctimas colaterales* o a la propia invasión *operación de liberación* son ejemplos de cómo el lenguaje puede ayudar a que los actos que dañan a otras personas sean vistos como moralmente aceptables.

Las comparaciones ventajosas: por ejemplo, un terrorista puede justificar sus acciones comparándolas con el daño que el enemigo hace a la población civil de su país.

El desplazamiento de responsabilidad: es más fácil que una persona se comporte cruelmente si una autoridad por encima de él o ella asume la responsabilidad de los actos.

La difusión de la responsabilidad: la auto-regulación de la conducta moral puede desactivarse más fácilmente si la tarea que causa el daño ha sido diseñada de tal forma que cada individuo realice una pequeña parte del

conjunto. Un claro ejemplo de este mecanismo lo encontramos en la impresionante maquinaria nazi para llevar a cabo la *solución final*.

Desprecio o distorsión de las consecuencias: se puede minimizar o ignorar el daño causado a otros, lo cual facilita la crueldad.

Deshumanización de las víctimas: varios procesos psicológicos nos pueden conducir a deshumanizar a los otros, haciendo que les percibamos como menos humanos o incluso como bestias o seres despreciables carentes de cualquier atisbo de humanidad. Cuando esto ocurre, es mucho más fácil tratarles con crueldad.

Bandura afirma que muchos actos inhumanos se cometen gracias al apoyo de una red de procesos legitimadores como los anteriores llevados a cabo por personas que, por lo demás, mantienen altos estándares morales de conducta. Como conclusión fundamental el psicólogo social advierte sobre la cantidad de mecanismos que nos pueden hacer perder nuestro compromiso moral con la conducta benefactora. Por ello, si queremos conseguir una convivencia civilizada, es necesario que, además de conseguir unos estándares morales de conducta personales elevados, nos esforcemos en dotar a los sistemas sociales en los que vivimos de mecanismos que fomenten el comportamiento compasivo hacia otros y que prevengan la crueldad.

### **Comentario final**

Las relaciones entre grupos son a veces muy complejas y en ocasiones puede resultar extremadamente complicado tratar a los otros con dignidad, a la vez que pensamos que sus hábitos y formas de vida no merecen nuestra admiración y alabanza. Las amenazas a la seguridad y la estabilidad económica son también elementos que fácilmente pueden conducir a poner en un segundo plano el respeto de la dignidad de los otros. Pero, tal como nos recuerdan Morales y Arias (2001), si de verdad queremos la paz, es necesario que nos esforcemos en construirla, también desde el punto de vista psicológico. “La paz no va a venir dada desde fuera, ni se nos va a conceder graciosamente. En el caso de que llegue, lo hará como una conquista de los ciudadanos” (pp. 81). Esforzarnos por evitar la humillación de los otros es un paso primordial en este camino hacia la paz.

En este mundo intercomunicado, donde la globalización acerca cada vez de forma más flagrante las diferencias entre unos y otros, en el que los actos y las políticas de unos se conocen con inmediatez y cada vez con más facilidad y transparencia por los otros, en el que va calando el mensaje de los derechos humanos, pero en el que aún perduran innumerables prácticas características de una ética vertical del valor humano, es fundamental que consigamos transmitir a través de nuestros actos como individuos, como



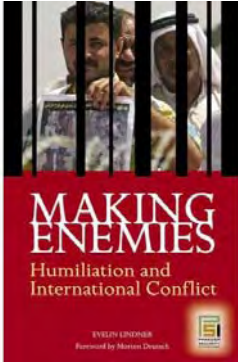
naciones y como grupos sociales una actitud hacia los otros que les haga sentirse iguales en dignidad. Para ello es imprescindible antes asumir con humildad que, independientemente de todo lo que nos diferencia, todos los humanos somos iguales en esencia. Ésta es una responsabilidad de todos, pero especialmente de los más poderosos, ya que el dominio económico, tecnológico e informativo se concentra en países con una base de valores y tradiciones similares muy diferente a la de los países menos desarrollados. Son las prácticas y las políticas de los más poderosos con respecto a los menos las que más fácilmente pueden provocar la humillación. La psicología social ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad de los mecanismos de auto-regulación de la conducta moral a los procesos que facilitan el mal. Por ello, si queremos la paz, es nuestra responsabilidad colectiva el esforzarnos activamente para evitar que aparezcan las condiciones sociales que hacen posible la maldad y la humillación.

#### Referencias

- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193-209.
- Hartling, L.M. y Luchetta, T. (1999): Humiliation: Assessing the impact of derision, degradation, and debasement. *The Journal of Primary Prevention*, 19, 259-278.
- Lindner, E. (2006): *Making enemies: humiliation and international conflict*. Westport, CT: Praeger Security International.
- Margalit, A. (1997): *La sociedad decente*. Barcelona: Paidós.
- Miller, W.I. (1993): *Humiliation*. Ithaca, NY: Cornell University.
- Morales, J.F.-Arias, A. (2001): Martes negro, psicología y paz. *Rev. de Occidente*, 246, 67-83
- Morales, J.F. (2003): El estudio de la exclusión social en la psicología social. En J.F. Morales y C. Huici (Eds.), *Estudios de Psicología Social* (pp. 551-538). UNED.
- Opatow, S. (1990): Moral exclusion and injustice: An introduction. *Journal of Social Issues*, 46, 1-20.
- Zimbardo, P. (2008): *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*. Barcelona: Paidós.
- Zonis, M. (1984): Self-objects, self-representation, and sense-making crisis: political instability in the 1980s. *Political Psychology*, 5, 267-285.
- Zonis, M. (2007): The "Democracy Doctrine" of President George W. Bush. En S.A. Renshon y P. Suedfeld (Eds.), *Understanding the Bush Doctrine* (pp. 231-250). New York, NY: Taylor & Francis Group.

**Saulo Fernández** es psicólogo social. Autor del libro *Mi (in)Dignidad en tus manos*, 2007. Trabaja como investigador en el Departamento de Psicología Social y de las Organizaciones de la U.N.E.D. en el Proyecto de Investigación realizado en colaboración con ALPE. Es miembro *Arte en Acción*, asociación de profesionales de distintos campos, dedicada a la prevención e intervención de la desigualdad y la violencia con colectivos en riesgo de exclusión.

**Dirección:** Saulo Fernández. Dpto. Ps. Social y de las Organizaciones. UNED. Facultad de Psicología. Ciudad Universitaria s/n 28040-Madrid.



## Contents

|                                                   |      |
|---------------------------------------------------|------|
| Foreword by Morton Deutsch                        | vii  |
| Preface by Chris E. Scout                         | ix   |
| Acknowledgments                                   | xi   |
| Introduction                                      | xiii |
| Part I: Humiliation at Work in the Mind           | 1    |
| 1 The Mental Landscape                            | 3    |
| 2 Once the Cure, Now the Disease                  | 11   |
| 3 Globalization and Egalization                   | 37   |
| Part II: Humiliation at Work in the Word          | 63   |
| 4 Humiliation and Misunderstanding                | 65   |
| 5 Humiliation and Conflict                        | 88   |
| 6 Humiliation and Terrorism                       | 107  |
| Part III: Why Humiliation Does Not Work           | 125  |
| 7 The Humiliation Addiction                       | 127  |
| 8 The Humiliation Antidote                        | 141  |
| 9 The Future of Humiliation                       | 163  |
| Notes                                             | 189  |
| References                                        | 205  |
| Index                                             | 217  |
| About the Series                                  | 221  |
| About the Series Editor and Series Advisory Board | 223  |